

## EL SEÑOR ESTEVE

Edgar Neville, 1950

Adaptación de la novela de Santiago Rusiñol *L'auca del senyor Esteve*, publicada en 1907. El propio autor hizo una versión teatral estrenada en 1917. Fue llevada al cine por primera vez en 1929, con dirección de Lucas Argilés.

Después de su trilogía madrileña (*La torre de los siete jorobados*, *Domingo de Carnaval* y *El crimen de la calle de Bordadores*), Neville decidió cambiar de aires y se fue a Barcelona para filmar *Nada*. El film no tuvo buena acogida. Quizá para comprobar si es cierto que la mancha de mora con otra se quita, Neville insistió con otra novela clásica de ambiente barcelonés: *El señor Esteve*. Esta vez tuvo más suerte.

Armada sobre elementos de escaso interés a mediados del siglo XX (costumbrismo decimonónico, fiestas tradicionales, bailes populares, paisajes rurales y urbanos), *El señor Esteve* es una saga familiar dominada de un modo absoluto por el patriarca, un comerciante barcelonés que será la cabeza de turco de una crítica, más risueña que ácida, a toda la burguesía catalana. Los otros miembros de la saga son un hijo único y varón por cada generación: Ramón, Estevet y Ramonet.

### Una filosofía de la vida

Desde que el señor Esteve fundase la mercería La Puntual en 1800 ha hecho de su establecimiento su razón de vivir, y así han de hacer todos sus descendientes varones. Aquí traigo algún ejemplo de su filosofía. El primero se refiere a la educación de su nieto Estevet.

SEÑOR ESTEVE (presentando su nieto al maestro): Quiere ser comerciante, como todos los de nuestra casa, y se lo traigo para que no le enseñe muchas cosas, que luego se distrae del negocio. Sobre todo, que aprenda poco. Quiero que aprenda solamente lo práctico. Con las cuatro reglas tiene bastante. Y quiero decir sumar y multiplicar, que restar y dividir es un lujo y un adorno sin el cual también se puede pasar.

Estos parecen ser los valores inculcados en las escuelas catalanas:

MAESTRO: Vamos a ver, señor Rius: ciudades importantes que recuerda.

ALUMNO: Tarrasa, Sabadell, Tarragona, Reus, Béjar, Lion en Francia y Liverpool en Inglaterra.

MAESTRO (al señor Esteve): ¿Sabe usted? Estas son las principales ciudades textiles de Europa. A mí no me importa mucho que no sepan de las grandes capitales, Londres, París y las demás. Como son ciudades a las que nunca han de ir, ¿para qué han de saber que existen?

SEÑOR ESTEVE: ¡Muy bien, muy bien! Estos son los buenos principios.

Al recitar la tabla de sumar, un alumno se equivoca y resta:

MAESTRO (buscando la comprensión del señor Esteve): Es el hijo de un escultor.

Por si no estaba claro, Esteve remacha la idea durante una procesión:

SEÑOR ESTEVE: Ahí van los carpinteros, los tejedores... Ahí va lo mejor de Ribera. Y aquel que parece que no sea nadie tiene cien telares. Y aquel otro de la barba tiene dos barcos que van por el mar. Está todo el mundo. Esta es la fuerza de Barcelona. Van a la procesión sacando cuentas.

Con el paso de los años, el señor Esteve sigue encauzando a su nieto:

SEÑOR ESTEVE (cuando Estevet alcanza la edad núbil): Lo que sí te aconsejaré es que cases con una chica de padre comerciante, trabajadora, económica, que no tenga pájaros en la cabeza. Una chica de las prácticas, que lo mismo sepa cocinar que despachar en el mostrador. Y que te lleve una taza de caldo el día que estés enfermo. Y que te ayude a bien morir el día que Nuestro Señor te destine la hora.

SEÑOR ESTEVE (el día de la boda): Escucha Estevet, ya estás casado. A tu esposa trátala siempre con miramiento. No hagas siempre lo que a ti te parezca. Escucha la mitad de lo que ella diga y, de vez en cuando, haz alguna de las cosas que ella quiera, escogiendo un poco. Las mujeres, a veces, aciertan. Ten la llave de la caja y deja que ella tenga la de la despensa. Ocúpate tú de comprar y enséñale a ella a vender, porque de comprar ellas saben mucho y de vender poco. ¡Manda, manda siempre! Si tienes razón, manda con buenos modos. Si no la tienes, manda gritando porque así parece que la tienes. Y, para terminar, acuérdate siempre de que eres más fuerte que ella.

SEÑOR ESTEVE (impaciente por la falta de descendencia): Mira, Estevet, tú trabajas para la casa. Pero el día que tú faltes, ¿qué pasará? Es preciso que tengáis descendencia. Lleváis cuatro años de casados y ya es hora.

Estevet sigue su consejo y le da un bisnieto. Pero eso no tranquiliza al patriarca, que ve peligrar el porvenir de su empresa: el niño tiene rizos, detesta el comercio y quiere ser escultor:

SEÑOR ESTEVE: Este niño no es natural. Lloro, lee, tiene nervios y se desmaya. Me parece que nuestra Puntual se tambalea.

ESTEVET: ¡Mañana se le cortan los rizos!

En su lecho de muerte, rodeado de todos los suyos, familiares y vecinos, el señor Esteve pronuncia su alegato final:

SEÑOR ESTEVE: Yo he crecido en una pequeña ciudad. Gracias al trabajo de muchos hombres como yo, nuestra pequeña ciudad va a ser una de las grandes capitales industriales de Europa. Velad porque así sea, para que la ciudad sea rica y poderosa. Privaos de lo superfluo para que nuestra ciudad lo tenga de sobra. Resumiendo: No os fiéis nunca de las palabras porque tergiversan las cosas. Ni de las firmas, porque son palabras escritas. No os fiéis de las mujeres porque son máquinas de palabras. Ni de vosotros mismos porque os podéis equivocar. Hechos, siempre hechos, que todo lo demás son nubes y el comercio no vive de nubes. Hechos, hechos, hechos...

Ramonet descubre su vocación de artista y estalla el melodrama:

ESTEVET: ¡Y lo dices mirándome a la cara y no se hunde el cielo sobre la tierra! ¡Eres mi hijo y te atreves a decir eso! Como no tienes puñal para darme una puñalada me dices eso para matarme. ¡Escultor! ¡Dios mío, Dios mío! Ser escultor es ser un perdido, es vivir entre perdidos, es deshonor el nombre de tu padre. ¡Vete! ¡Vete y quítate el nombre que llevas!

RAMONET: Perdón, padre, perdón.

ESTEVET: ¡Vete, malvado, te desheredo!

RAMONET: No me importa el dinero. Yo lo que quiero es el perdón. Perdóneme, seré obediente. No seré nada. Seré lo que usted quiera. Yo también quiero honrar mi nombre. Y lo hubiera hecho siendo escultor. La vida que le hubiera dado al mármol hubiera sido de usted. Hubiera hecho estatuas para hermohear La Puntual, esta Puntual que usted ama tanto y yo también, pero de otro modo. No me volveré a mover de detrás del mostrador. Haré todo lo que usted quiera, ganando dinero y dinero. Pero si algún día usted se da cuenta de que me voy haciendo rico pero que me vuelvo triste, que voy aumentando la fortuna pero que voy perdiendo alegría, que se me han apagado

todos los sueños y todas las esperanzas y han muerto mi fe y mis ilusiones, por lo menos dese cuenta y compadézcame. Enterrar la fantasía a los veintitrés años puede que tenga más mérito que hacer fortuna, y eso lo hago por usted, que no por mí. Que para mí, la libertad es la vida y para usted la muerte.

Después de esta conversación, Estevet cae en cama, de la que solo se levanta para poner los puntos sobre las íes:

ESTEVET: Yo he trabajado mucho en este mundo. No he hecho más que eso: trabajar. Y ahora que me voy puedo decirte que no he vivido, que no sé lo que es vivir, que he pasado. No he hecho más que pasar. Nunca he sido joven ni he sido hombre maduro ni he sido nada en la vida. Solo fui un tendero que encontró la casa hecha y que la ha cuidado para que después vengan otros y la vayan cuidando como yo la cuidé. Pero tú, ya sé que la dejarás. No sé lo que son alegrías, no me enseñaron nunca a tenerlas ni sabía tampoco lo que eran tristezas, aunque tú me has enseñado algunas. No sabía lo que era llorar, y lo aprendí. Pero muy tarde. Tú, Ramonet, serás escultor. No sé si deseo que lo seas, pero lo que sí sé es que lo serás. Me dijiste un día que me diera cuenta de tu sacrificio. Entérate tú también del mío. Acuérdate de que has tenido un padre que no ha sido nada en el mundo para que tú pudieras ser algo.

Finalmente, Ramonet se hace escultor, sin dejar por eso la tienda. Su conciliación del pasado y el presente, del comercio y el arte, se plasma mientras enseña su escultura a unos clientes:

CLIENTE 1: Yo conocí al fundador de La Puntual. ¡Era un hombre de pro!

CLIENTE 2: Con hombres así se alza una gran capital.

RAMONET: Gracias a él soy escultor. Él paga el mármol.

El último plano muestra la Sagrada Familia, símbolo tanto de Gaudí como de Esteve.

## REPARTO

Señor Esteve .....	Alberto Romea
Ramón .....	Manuel Arbó
Roseta .....	Rosario Royo
Estevet .....	Manuel Dicenta
Tomaseta .....	Carmen de Lucio
Ramonet .....	Carlos Muñoz
Señora Pepa .....	Julia Caba Alba
Pepeta .....	María Ángeles Acevedo
Señor Pau .....	Ramón Quadreny
Señora del 1º .....	María Cañete
Marías .....	María Isbert, Mariana Larrabaiti, Julia Pachelo
Miliciano .....	Fernando Aguirre
Maestro .....	Manrique Gil
Artista pintor .....	José Isbert
Martinete .....	José Franco
Molinero .....	Manuel Requena